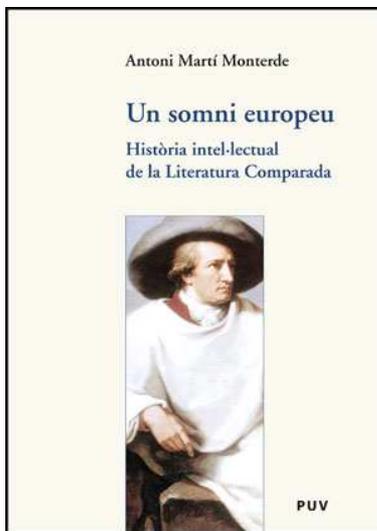


EL SUEÑO UNIVERSAL DE LA LITERATURA EUROPEA

Antoni MARTÍ MONTERDE, *Un somni europeu. Història intel·lectual de la Literatura Comparada*. Valencia, PUV, 2011, 441 pp.



Si antes de adentrarnos en *Un somni europeu*, y releyéndolas desde este libro monumental, hacemos un breve recorrido por las obras anteriores del autor, se nos hará evidente que ha ido añadiendo capas de complejidad y de alcance intelectual a sus textos: partiendo del estudio de la escritura del *yo* y del *yo* como escritura en libros como *J. V. Foix o la solitud de l'escriptura*, lleno de sugerencias críticas y teóricas, o *L'erosió*, magnífica narración de su viaje literario a la Argentina, Martí, con brillantes artículos sobre Fuster o Benjamin y, especialmente, con *Poética del Café. Un espacio de la modernidad literaria europea*, combinación perfecta de crítica literaria e historia de las ideas a la vez que un ejercicio deslumbrante de aquel comparatismo del que hablaba Auerbach en «Filología de la *Weltliteratur*», ha completado una clara y significativa evolución hacia el *nosotros*, hacia una comunidad de autores y lectores que forman parte de un proyecto colectivo. Un proceso, por tanto, que culmina por ahora con *Un somni europeu* y que, además, demuestra como pocas otras bibliografías, dentro y fuera de nuestro ámbito, la sentencia de Joan Fuster según la cual «la literatura consisteix a parlar de literatura».

Su prólogo, que en el sentido más estricto y mejor de la palabra cabe calificar de programático, es una lección magistral de los retos y las potencialidades del comparatismo –así como de la Teoría y la Filología– y también de su transfondo ideológico, concomitante con esa construcción llamada estado-nación que en el siglo XIX entró en su apogeo. Desde el punto de vista del comparatismo, Martí escribe sobre esa construcción nacional que «no és un problema que el comparatisme hagi de resoldre, sinó un conflicte [...] inherent al comparatisme mateix, perquè a més a més també és d'on li ve l'energia i la necessitat» (pp. 15-16). Y a continuación pone un

Reseñas

ejemplo, en absoluto elegido al azar: «Les filologies a l'Estat Espanyol, encapçalades per la Filologia Espanyola, s'han caracteritzat per un ancoratge en els postulats metodològics decimonònics que la Filologia Catalana, tan rupturista en altres qüestions amb Espanya, [...] ha seguit fil per randa, en el fons gairebé com una manera de reprendre, en clau marxista, Milà i Fontanals». Pero de este diagnóstico, que «en el cas de la Filologia Catalana pot resultar fatal», de esta «crisi que travessa la Filologia a casa nostra», Martí asegura que «podria ser un repte magnífic» (p. 17), justamente el reto constituyente que plantea el comparatismo. De todas maneras, la idea fundamental de este prólogo es la evidencia que «El punt de partida –inspirat en unes paraules d'Erich Auerbach– serà la idea goethiana de transformació de la literatura europea com a principi de la literatura universal, tot considerant que, un cop més, és l'hora de preguntar-se quin significat pot tenir encara la paraula *Weltliteratur* en el sentit goethià, en relació amb el seu present i el futur que l'espera» (p. 18). Un presente y un futuro, los nuestros también, que no deberían perder de vista que «el terme *literatura nacional* remet al procés generalitzat arreu del continent en què la tradició literària en una llengua ha estat rearticulada per a sustentar una comunitat imaginària» (p. 32).

Por su ambición intelectual y su enorme capacidad crítica y a la vez de síntesis, propia del objetivo que el subtítulo indica: historiar y explicar el transfondo intelectual, universalista y sobre todo literario del europeísmo («De la *Weltliteratur* a la Literatura Comparada» es el segundo subtítulo), *Un somni europeu* constituye un ejemplo admirable de la combinación justa de crítica y erudición. Así, cuando lee la *Weltliteratur* de Goethe, Martí, lejos de ceñirse a las *Conversaciones* goethianas con Eckermann, busca sus antecedentes y demuestra su inevitabilidad en aquel momento de la historia de Europa documentando el pensamiento de Goethe con muchos otros textos (prólogos, cartas e incluso fragmentos desestimados por el autor para su publicación, que no destruidos). Además, Martí aplica su lectura exhaustiva y amplia de miras a las revistas europeas contemporáneas, anteriores y posteriores a Goethe, que se ocuparon de la literatura europea y general, es decir, de la literatura en lenguas diferentes de aquella –francés, inglés, italiano o alemán– en que se escribían dichas revistas.

Junto a Goethe, de las páginas de *Un somni europeu* emerge con fuerza otra gran personalidad que resultará clave en el surgimiento de la idea comparatista: Madame de Staël. La autora de *De l'Allemagne* sufrirá la censura y el exilio, en plena época de poder napoleónico, por haber intentado aportar a las monolíticas y algo estadizas letras francesas una serie de ideas que en literaturas como la alemana habían marcado un giro hacia la modernidad: «Staël assenyala als francesos per primer cop un camí no implícitament ni excloentment francès per assolir i, sobretot, desenvolupar, la universalitat» (p. 85). Ahora bien, hay que tener en cuenta que cuando Goethe recoge el

guante del reto que plantea de Stäel no deja tampoco de mostrar sus intereses como individuo, como literato alemán autoconsciente del lugar –único y insustituible, máximo– que ocupa en su sistema literario. Y eso mismo sucederá más tarde con la influencia que ejerció sobre el literato de Weimar la revista *Le Globe*. De hecho, Goethe, que se sabe en la parte final de su vida y de su obra –sus conversaciones con Eckermann llegarán a hacerlas indistinguibles–, «planteja les idees d'identitat i d'alteritat com a fonament de la *Weltliteratur*» (p. 50) –un planteamiento en que la tarea de los traductores tiene para él una importancia suma, como recoge Martí en «*La tasca dels traductors*»–, pero a la vez sabe que se encuentra en la encrucijada histórica en la cual se ha de decidir «la noció moderna de literatura», o sea, «en un moment en què el destí d'aquesta noció, tant en el seu abast social com polític, està decidint-se i, a través d'ella, decidint-se també moltes altres qüestions» (p. 61), una de ellas, la pugna europea entre la Ilustración y el Romanticismo.

Y al igual que antes lo ha merecido Madame de Staël, en este libro también merece capítulo aparte el nudo de relaciones y de influencias que vinculó a Goethe con las revistas literarias de su tiempo, sobre todo *Le Globe*. Sus redactores, como de Stäel, optan por la literatura extranjera, por lo que tiene de «apertura crítica» y de «reforma en un marc internacional i literari»; es decir, que tal como Goethe, en efecto, leyó y fue subrayando en las páginas de *Le Globe*, demuestran una «confiança en la literatura que traspuarà tot l'ideal de la *Weltliteratur*» (pp. 124 y 125). Desde el inicio del siglo XIX, los nuevos medios de comunicación brindan la oportunidad de unas comunicaciones internacionales que hacen posible para Goethe y para los autores de *Le Globe* «una nova manera de parlar de la literatura», unos «nous termes de comprensió, directament vinculats als processos de relació entre literatures»; es decir, «un nou marc per a la relació entre la identitat i l'alteritat en les idees» (p. 145). De todas maneras, como nos plantea Martí, «Goethe preferia la injustícia al desordre» y afirmará sobre estos jóvenes y brillantes aliados franceses en la tarea de la *Weltliteratur* que «“la seva tendència política especial em fa sentir-me intranquil”» o que «“Formen una bona però perillosa companyia”» (pp. 155, 160 y 161). Pero eso no quitaba para que, como documenta Martí a base de citas del propio Goethe y con una claridad inédita, el autor de *Fausto* hubiera reconocido que «“el comerç diari amb aquests senyors del *Globe* forneix d'abundant matèria les meves reflexions”» y también que, ante la evidencia de «uns arguments que perdrien la força que tenir-lo a ell com a referent els donava», Goethe «decideix abocar un blanc silenci sobre un conjunt de formulacions importantíssimes trobades a *Le Globe* que, de ser citades, l'obligarien –en paradoxal coherència amb el seu plantejament– a disseminar els mèrits argumentals i crítics d'aquesta nova època de la història de les idees» y, en consecuencia, «deixarien de tenir-lo a ell i a la literatura

alemanya com a centre de sentit» (pp. 173 y 177), para bascular el peso de la *Weltliteratur* también sobre París, de igual a igual con el Weimar goethiano.

Por otra parte, en «Necessitat de la *Weltliteratur*», tras un estudio preciso y juicioso del *diálogo* que Goethe mantiene con Herder y Kant y de la especificidad literaria de su proyecto universalista, Martí indica que Goethe, con la *Weltliteratur*, concepto que es a la vez análisis y propuesta, tiene la intención de colocar su literatura a la cabeza de la literatura europea, cosa que implicaba que, desde entonces, dejaría de concebirse el estudio y la valoración de cualquier literatura nacional al margen del resto de literaturas, especialmente las europeas. Para lograrlo, Goethe cuenta con que «els seriosos deuen formar una serena, gairebé secreta comunitat», porque «la veritable raó i la superioritat veritable continuen sent patrimoni [...] d'un petit nombre d'homes, que exerceixen la seua influència en silenci» (p. 232 y 235). Un silencio, pues, cuyos resultados, nos explica Martí, «si algun dia es donessin, ja no serien vistos, gaudits, per aquells qui els haurien promogut, aquelles actuacions donarien el seu fruit ja només des de la lletra», que sería también el lugar concreto, material, de los conflictos presentes y pasados que suponen las tensiones nacionales y internacionales. Y «Europa esdevé així una idea literària» (p. 237), concluye Martí, una práctica teórica en que la literatura ocupa un lugar decisivo no sólo en términos culturales ni europeos.

Pero el paso a la práctica, por así decirlo, que supone el comparatismo –un paso de la *Weltliteratur* a la Literatura Comparada, que es como se titula la primera parte del libro– incluye una excursión, muy significativa y nada gratuita, por el positivismo. De ahí el neologismo que propone Martí: *comparativisme*, para hablar de ese paso del comparatismo incipiente por el positivismo dominante en la época, un positivismo que las letras heredan de las ciencias. Una herencia, además, que lleva otra consigo; o, mejor dicho, que se amalgama con otra de manera casi indistinguible: las querellas nacionales –léase políticas– y que contribuye no poco a dejar la literatura en un sombrío segundo plano. Martí da cuenta del proceso, que titula «Presència i absència de Goethe: de *Le Globe* als *Deux Mondes*», con un recorrido muy instructivo por el sesgo comparatista –por la relación de sus obras con el incipiente comparatismo, para ser exactos– de los autores más importantes de las publicaciones mencionadas. Quizá el más representativo de ellos, al menos por el revelador retrato que hace de él Martí, sea Sainte-Beuve («Sainte-Beuve, una biografia per al comparativisme» es su ingenioso título), que desde su chovinismo sin complejos se constituye en uno de los mejores representantes de esa «estructura interpretativa tancada [...] en què no pot entrar ningú que desestabilitzi el consens simbòlic en construcció permanent, i on sobretot no s'admeten dissensions» (p. 290). Ahora bien, no deja Martí de reconocer, con la finura de matices que caracteriza su libro, que también será Saint-Beuve, aunque sea en su propio crédito y beneficio,

quien recuperará la figura de Goethe como gran crítico dentro del ámbito francés y quien promoverá la traducción completa de sus *Conversaciones* con Eckermann.

Llegados a este punto, y a pesar de lo dicho hasta ahora, esto es, de las aportaciones tan valiosas y oportunas de Martí a la historia intelectual europea del período: la problemática constitución del ideal de la *Weltliteratur* y su paso a la literatura comparada, ambas cosas en medio de las tensiones personales, epistemológicas y nacionales de la Europa literaria y política, es quizá la segunda parte de *Un somni europeu*, «La invención de la Literatura Comparada», donde se encuentra la aportación más evidente de Martí a la historia de esta disciplina. Se trata de su relectura de la figura de Joseph Texte, que ocupó en 1896, en Lyon, «la primera cátedra europea de Literatura Comparada» (p. 336). Texte, en sentido contrario a su *Maître* Ferdinand Brunetière, y en una devastadora y soterrada pugna con él, se constituirá en su corta vida como una figura clave –cosa que hasta ahora no se le había reconocido– en la redefinición del término *cosmopolitismo* en la convulsa Francia del fin del siglo XIX. Así, Martí explica cómo desde el lastre metodológico que era para el comparatismo el positivismo de Taine y sus nociones de *momento*, *medio* y *raza* (que extienden su influencia en los estudios literarios hasta nuestros días, como denunciaba Martí en el prólogo, y que, como indica el autor por lo que se refiere a la raza, acabará siendo la coartada teórica del nazismo), Texte, manteniéndose a flote en la tempestad de patriotismo postbélico, propone la idea de que «la tradición literaria europea imponga cada vez más claramente su diversidad a través de los lectores y de un nuevo marco para la crítica, que ha de redefinirse». Y no contento con ello, Texte afirma que «El problema capital, tanto en la literatura como en la política del siglo XX, será la conciliación de la patria y de la humanidad», conciliación, como escribe Martí, a la cual contribuye «la misma idea de comparatismo con el nuevo tombo de la idea de ciudadanía francesa y europea» partiendo de la constatación de que «Francia necesita refundar la percepción del que ha constituido su tradición intelectual por tal de portarla allá donde el tiempo reclama», hasta «un ideal común para la crítica comparativa» llamado «literatura europea» (pp. 373, 394, 396, 398 y 409). Desafortunadamente, no será la propuesta de Texte, como indica la parte final de *Un somni europeu*, la que triunfe dentro de la disciplina en los años sucesivos.

Nos encontramos, pues, ante una obra que, en catalán, puede quedar al margen del debate comparatista y de la historia de las ideas (si bien tal circunstancia es parte del problema, y de la oportunidad, de que habla el libro de Martí); o que incluso puede pasar en silencio, o al menos infravalorada, cuando si hubiese sido escrita, por ejemplo, en francés, o fuese traducida a este idioma, se convertiría en una obra de inexcusable referencia no sólo para el comparatismo sino para los estudios literarios en general, un

Reseñas

hito en la historia y el futuro de esa forma de universalismo literario que aún podría ser el europeísmo. De los lectores dependerá que ese riesgo se convierta en oportunidad, es decir, que tenga la acogida que se merece un libro capital escrito, por contra, desde una nación sin estado ni capital (al menos por lo que se refiere a los estudios literarios); desde una perspectiva, por tanto, si no desinteresada, sí tan libre como aquel sueño de universalidad que sólo despiertos, y bien despiertos, bien conscientes de dónde están y de lo que les rodea, pueden soñar los auténticos comparatistas. ¿O no son los sueños mejores, como el europeo de esta magnífica monografía o como la utopía desencantada de un Magris, los que nos permiten ser conscientes de quiénes somos sin dejar de soñar despiertos?

Salvador COMPANYY